

LA CAZA DEL VOLANTIN

- ¿Qué le parece la competencia que hemos organizado, señor alcalde? - fue la ansiosa pregunta que le hizo don Roberto, presidente de la junta de vecinos.

Jorge no respondió inmediatamente, pues estaba demasiado absorto en la contemplación de aquel extenso paisaje, que tenía su base en un terreno de hierba silvestre, sin mayores pretensiones estéticas, y culminaba gloriosamente con aquel colorido enjambre de volantines; que hacían alarde de su libertad deslizándose por el cielo teñido de un azul casi limpio de nubes, no muy común durante el mes de septiembre.

- ¡Maravilloso! - respondió, luego de unos instantes, tras los cuales su anfitrión había comenzado a angustiarse, ante la posibilidad de escuchar una respuesta desagradable. Respiró aliviado al fin, y se frotó las manos satisfecho; mientras Jorge volvía a sumirse en una mezcla de placer y nostalgia, de presente y pasado, de emoción y recuerdos.

...

El dormitorio de Jorgito estaba ubicado en el segundo piso de una casa pequeña, pero sólida y bien mantenida. Tenía una ventana por la cual el niño solía mirar hacia la calle, y en especial hacia el terreno baldío que estaba ubicado tras ella; el cual marcaba una amplia separación entre el conjunto habitacional en que él vivía y el del otro lado, compuesto por casas ostensiblemente más pobres, aunque no por eso sus habitantes dejaban de esforzarse por hermosearlas; con mayor ahínco aún en aquellos días de fiestas patrias, en los cuales era algo tradicional preocuparse de mejorar tales apariencias.

Allí estaba una vez más el pequeño, aunque ahora su corazón había dado unos pasos más allá que de costumbre, siguiendo la pista de alguno de los numerosos volantines que alzaban su vuelo en la distancia. Y es que hasta ese momento no había tenido la necesidad de hacerlo en esa forma, ya que siempre tuvo uno de esos mágicos

juguetes al alcance de la mano. Pero en esta temporada, con su padre cesante desde hacía meses, debía conformarse con disfrutar de ellos como simple espectador.

Absorto en sus reflexiones y añoranzas, no percibió la cercanía de su madre hasta que ella, acariciándole con ternura infinita, le preguntó con un tono de suave melancolía:

- ¿Está triste mi amor?

- No mamá - le respondió, y luego de unos segundos de vacilación, replicó a su vez, como queriendo retribuir la ternura recibida:

- ¿Y tú?

Leonor hubiera querido responder negativamente, pero antes que surgiera la primera palabra de su boca, surgieron lágrimas de sus ojos; y no tuvo el valor suficiente para engañar inútilmente a su hijo, el cual se había percatado perfectamente de que aquella tarde su madre parecía menos animosa que de costumbre. A modo de respuesta, la dulce mujer dejó fluir de su interior una confesión inconsciente, en busca de comprensión, disculpa y consuelo.

- No debí tratar tan mal a tu padre anoche. El no tiene la culpa de que lo hayan despedido, y se muele los pies todos los días en busca de un nuevo empleo. Lo peor es que quisiera recompensarlo de alguna forma y no tengo siquiera lo necesario para prepararle un buen plato de comida ...

No era usual que Jorgito viera a su madre en ese estado. Por el contrario, ella siempre estaba instándoles a él y su padre a tener fe en que la situación mejoraría, con la ayuda de Dios, en los momentos más difíciles. Desde sus ocho años de edad, él no alcanzaba a comprender cabalmente el significado de todo aquello, pero lo que sí entendió es que se le presentaba un momento adecuado para retribuir parte del apoyo recibido en tantas ocasiones.

- No te preocupes mamá - le dijo cariñosamente. Mi papá te quiere tanto como yo, y estoy seguro de que él te perdonará tal como yo lo haría si me hubieras castigado injustamente.

- Está bien, hijo de mi corazón - prosiguió ella, ya más repuesta -. Creo que tienes razón. Iré a planchar la ropa y más tarde te contaré un cuento, de esos que te gustan tanto ... ¡Te quiero mucho!

- ¡Y yo a tí mamá! - replicó Jorgito.

Al encontrarse solo nuevamente, retornó a la ventana, y sus ojos se fijaron en un grupo de niños que, con gran algarabía, corrían tras un volantín que venía cayendo, luego de que el hilo que lo sostenía fuese cortado por otro más firme, en una de las tantas "comisiones" que día a día se desarrollaban en ese lugar. Y esta vez su deseo pudo más que el temor que le causaba la petición que hasta ahora no había querido hacer a su madre; y se dirigió resuelto hacia donde estaba ella.

- ¡Mamá! ... ¿Me das permiso para salir un rato y ver los volantines desde más cerca?

Leonor, que veía con cierto disgusto el que su hijo se internara solo en el potrero aledaño, por temor de que llegase a contraer amistades inconvenientes, decidió conceder el permiso solicitado por esta vez; sin dejar de lamentar su impotencia de satisfacer el verdadero anhelo de su hijo.

- ¡Puedes ir! - le indicó -, pero cuídate mucho y no te alejes demasiado.

- ¡Gracias mamá! - contestó el niño, con alegría; y salió apresuradamente de la casa, antes que su progenitora pudiese arrepentirse de haberlo autorizado.

En su mente, casi como un sueño, tomaba forma la posesión de uno de esos volantines que caían de vez en cuando. La verdad es que, en esos afanes de "cazador", no tenía experiencia alguna. Muchas veces había contemplado a otros niños, en especial a los del "otro lado", que con "pesas" consistentes en una cáscara de naranja o algo parecido atado a un hilo, o con cañas de coligue, se esforzaban por alcanzar tan valiosas presas. Jorge, por el contrario, había considerado casi indigno de él ejercer tal oficio, además de que sus padres se lo habían prohibido.

Por la necesidad apremiante, más que por cualquier otra razón, se le presentaba la ocasión de abandonar tales prejuicios; y decidió mantenerse a la expectativa hasta que se presentara la mejor oportunidad. Pequeño y débil como era, no podía darse el lujo de correr largas distancias ni sostener arduas luchas con niños más ágiles o fuertes. No tenía ninguna herramienta a mano con la que pudiera hacer más efectivo su intento; pero lo que sí albergaba en su corazón era la esperanza de que, por efecto divino, uno de aquellos juguetes llegase directamente hacia él, que tanto lo necesitaba.

Y su fe pareció confirmarse al ver que un hermoso ejemplar descendía

suavemente a pocos metros de él, como surgido de la nada. Pero cuando se aprestaba a apresarlos, desde la nada también apareció una veintena de niños que, como una manada de potros salvajes, se precipitaron sobre su objetivo. Por unos instantes, entre el ruido, el polvo y las formas difusas, Jorgito perdió la noción de lo ocurrido; hasta que, al quedar solo nuevamente, pudo observar con tristeza que del volantín apenas conservaba en su mano derecha el trozo quebrado de un palillo, con un pedazo de papel azul adherido a él. Con mayor amargura aún observó en sus rodillas enrojecidas, tras sus pantalones rotos, el vestigio latente del combate sostenido. Las heridas eran relativamente superficiales y no dolían mucho; pero lo que sí dolía era la posibilidad de causarle un mal rato más a su madre. Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas, y lentamente se dirigió a su casa, con el pedazo de cielo soñado en la mano; prometiéndose que jamás volvería a repetir aquella experiencia.

- ¿Qué te pasó hijito? - exclamó ella, algo alterada al verlo en esas condiciones, y extendió sus brazos hacia él.

Jorgito hubiera querido explicarle con detalle lo ocurrido, pero el temblor de sus labios entorpeció su mensaje, y prorrumpió en un llanto aliviador al encontrarse con ese abrazo en el cual no había señal de reproche.

- ¿No me vas a castigar? - preguntó tímidamente, deseando en parte que así fuera, para sentirse completamente redimido; pero su madre, que había comprendido todo al escuchar el relato en los suspiros y la disculpa en los sollozos, le respondió con dulzura:

- ¡Ya tienes suficiente castigo! ¿Acaso crees que yo no soy capaz de perdonar, como lo son tú y tu padre?

- ¿No se lo dirás a él? - añadió Jorgito preocupado.

- No le causaremos ese disgusto por ahora - dijo ella, con un tono desalentado. Ya tiene demasiados problemas.

Dos días pasaron hasta que, durante sus observaciones acostumbradas, Jorgito pudo ver con asombro que un nuevo volantín cortado escapaba del alcance de sus perseguidores, y tras cruzar la calle, vino a caer dentro de su propio jardín, el cual estaba rodeado por una reja metálica que ningún "cazador" se atrevería a traspasar. Tras salir de su perplejidad, corrió a recoger el oportuno obsequio y, con gran alegría, comprobó

que además arrastraba una buena cantidad de hilo, el cual enrolló en su mano con diligencia. Decidió guardarlo por el momento, para evitar que alguien pudiese reclamarlo al verlo, pero nadie apareció durante el resto de ese día.

Al día siguiente, luego de almorzar, se apresuró a elevarlo, desde el jardín de su casa, y a baja altura. Llevaba ya unos cuantos minutos ocupado en su diversión, cuando reparó en los ojos tristes de un niño que lo observaba con atención, aferrado a la reja. En vano intentó ignorarlo, ya que la mirada de aquel pequeño, de una edad similar a la de él, parecía seguir fijamente el desplazamiento de su volantín.

- ¿Qué deseas? - le preguntó al fin, tratando de discurrir que le daría si le pedía una limosna.

- ¡Mi volantín!

- ¿Cuál volantín? - preguntó Jorgito, temiendo escuchar la respuesta que vino a continuación.

- ¡Ese que tienes tú! ... ¡Es mi volantín! - respondió el pequeño extraño, con más seguridad que antes.

- Pero ... -. La frase de Jorgito se quedó trunca en el aire; y sólo se atrevió a continuarla en su pensamiento (¿... cómo puedo saber que dices la verdad?). El había sido rígidamente educado para no mentir y aunque aquel niño que reclamaba su propiedad no le otorgara ninguna prueba, le pareció que su mirada era muy sincera. La lucha que se desató en su interior no duró mucho. En realidad, hasta ahora sólo había disfrutado su juego a medias, temiendo haberle causado a otro el sufrimiento que antes lo acongojara a él mismo.

Así fue cómo soltó el hilo que sostenía en sus manos, sintiendo que se liberaba de un gran peso que, junto al volantín, fue a dar a la calle. Hasta allí fue a buscarlo el que afirmaba ser su legítimo dueño; para volver más tarde a agradecer el generoso acto de Jorgito. Este, al ver que, con su juguete en la mano, el pequeño extraño no atinaba a alejarse, como esperando algo más de su parte, le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

- Juan - respondió aquel infante, con una sonrisa en sus labios. Ahora parecía más satisfecho, aunque continuó junto a la reja.

- ¿Cuántos años tienes?

- Ocho.

En ese momento apareció Leonor en la puerta de la casa y, con rapidez y sorpresa, paseó su mirada desde el rostro de su hijo hasta el de aquel pequeño mal vestido, que la observaba desde fuera de su casa.

- ¡El volantín es suyo mamá! - se apresuró a aclarar Jorgito, y luego continuó, como si hablara de un amigo conocido desde hace mucho tiempo -. Se llama Juanito y tiene la misma edad que yo.

- ¿Dónde vives? - le preguntó la mujer, prosiguiendo el interrogatorio que había comenzado su hijo.

- ¡Allá! - dijo Juanito, simplemente, indicando hacia el "otro lado" -. Y prosiguió, como anticipándose a la próxima pregunta:

- Este volantín me lo regaló mi tío Humberto. Tiene un auto nuevo y muchos trajes elegantes; y siempre nos trae regalos a mí y a mis hermanos.

- ¿Podemos jugar un rato? - preguntó Jorgito a su madre; sintiéndose cada vez más entusiasmado con lo que estaba ocurriendo.

Conmovida, Leonor abrió la puerta de la reja para que Juanito pudiera entrar; aunque aún conservaba cierto recelo.

Más tarde les trajo unos vasos de leche que los niños bebieron con ansiedad luego del ejercicio realizado; y se quedó observándolos un rato. Cuando terminaron de beber les ofreció más, pero ninguno de los dos respondió de inmediato, hasta que Jorgito dijo:

- Yo no quiero más; pero tráele otro a Juanito, porque él debe tener más sed, después de recorrer tanto camino buscando su volantín. Este último, por su parte, permaneció en silencio; sintiéndose sin mayor derecho a confirmar el pedido.

Así lo hizo Leonor, conmovida una vez más y ya menos recelosa, luego de un par de horas en que los niños se entendieron perfectamente. Luego entró a la casa y se dispuso a esperar a su esposo.

Juntos entraron, más tarde, padre e hijo; junto al volantín de Juanito.

- Luego de abrazar a ambos, preguntó intrigada:

- ¿Y por qué Juanito no se llevó su volantín?

- Me dijo que se lo guardara hasta mañana - respondió su hijo alegremente.

Entonces podremos jugar de nuevo.

. . .

Pero al día siguiente Juanito no regresó, y así ocurrió durante el resto de la semana, tiempo durante el cual Jorgito volvió a disfrutar sólo a medias el volantín que ahora le había sido encargado, aunque esta vez la razón de su inquietud era completamente opuesta a la del comienzo: el dueño del juguete no aparecía.

El sábado siguiente salieron juntos, padres e hijo a buscarlo, sin resultado positivo. No sabían más que su nombre, y recorrer, preguntando por él, todo el "allá" indicado por el niño, resultaría imposible.

En una tarde de lunes, tres semanas más tarde, salió una vez más Jorgito en busca de su amigo perdido. Para él los días no contaban de igual forma que para sus mayores, y no podía dejar de evocar a quien hiciese realidad el deseo que un mes antes albergara en su corazón.

Se quedó de pronto con su mirada colgada de los últimos volantines que se izaban durante aquella temporada. Hubiese deseado encontrar entre ellos la respuesta a sus interrogantes; hasta que el curso de su mirada fue interrumpido por la oscuridad repentinamente impuesta, desde atrás, por una mano ruda pero claramente reconocible, al tiempo que resonaba la paternal pregunta:

- ¿Quién soy?

- ¡Papá! - exclamó Jorgito, girando luego con rapidez, dejándose elevar también como un juguete ligero, para disfrutar luego del abrazo y la alegría del cotidiano reencuentro. Pero esta vez su padre parecía más alegre que nunca, sosteniendo en su mano izquierda un paquete de tamaño mediano.

- ¡Adivina que me ha ocurrido hoy! - dijo en voz alta, como queriendo compartir su júbilo con todo el que pudiera escucharle. Jorgito se quedó unos momentos observándole, sonriente, olvidando por completo la melancolía que le embargaba unos minutos antes. Y como permaneció mudo, conmovido por la posibilidad de que algo realmente favorable hubiese ocurrido, pero sin atreverse a manifestarlo; fue su padre el que respondió a su propia pregunta:

- ¡Encontré trabajo! ... ¡Un buen trabajo! -. Y cargando a su hijo con un brazo y el incógnito paquete con el otro, prosiguió:

- Vamos a contárselo a tu mamá; se pondrá muy contenta.

Leonor supo casi de inmediato, al verlos llegar en esa forma, que algo estupendo estaba pasando. Y cuando los dos hombres de su vida, casi al mismo tiempo, le comunicaron la noticia; ella se unió a ellos en un abrazo lleno de ternura, y de sus labios sólo emergió una frase, entre sollozos:

- ¡Gracias Dios mío!

- ¡Cuidado que nos podemos caer! - advirtió el jefe de familia; soportando apenas tanto peso de cariño, a pesar de ser un hombre bastante fuerte.

- ¿Que traes ahí, Roberto? - preguntó entonces su esposa, tocada por la curiosidad y la alegría.

El se limitó a abrir el paquete con cuidado, y luego hizo la presentación, a la manera de un locutor:

- ¡Esta es ... la torta de la alegría!

- ¡Eres un loco! - le dijo Leonor, en un tono cariñoso. No tenemos dinero y tú compras este tipo de cosas.

- No podía dejar de celebrar esta ocasión. Adrián, quien fue el que influyó en mi contratación, me prestó algún dinero para los gastos del primer mes; y yo no pude dejar de ceder a la tentación de comprar una torta, aunque sea la más barata que pude encontrar.

- ¡Dios bendiga a Adrián! - exclamó Leonor.

Luego, fue Jorgito el que continuó el diálogo, aunque su intervención ensombreciera en parte la dicha del momento:

- ¡Ojalá Juanito estuviera aquí para celebrar!

Sus padres se miraron conmovidos, sin hallar qué decir, hasta que Leonor exclamó, casi sorprendiéndose a sí misma:

- ¿No sería un ángel?

Roberto, al observar que el rostro de su pequeño hijo se iluminaba, se puso en cuclillas frente a él y le dijo:

- ¡Tengo una idea!

. . .

El siguiente fin de semana, en medio del inmenso potrero, que a esa temprana hora estaba casi vacío, Roberto se esforzó por elevar al máximo el volantín cuyo resguardo encargara Juanito a su hijo, hasta que llegó a convertirse en un punto casi invisible en la inmensidad del cielo matinal. Luego, con gran ceremonia, llamó a Jorgito y depositó en sus manos el hilo del cual pendía aquel juguete. El niño, con toda la inocencia de su edad, no vaciló en dejarlo ir de sus manos; mientras de sus labios emergía una frase de afecto por el amigo de una tarde, que tan profunda huella dejara en su corazón. Ya no había tristeza en su interior; él realmente pensaba que Juanito desde la altura recibiría su sincera muestra de gratitud.

Mientras tanto sus padres, tomados de la mano, se unían también en el deseo de que aquel volantín fuese a dar a las manos de un niño que realmente lo necesitara.